

Blue gardenia



lorena ciocale



Cygnus / Lorena Ciocale
Arte de Tapa: Juan M. Domínguez
Editorial Cygnus para Book Poetry



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Soy la otra
la que subcutáneamente no duerme

Blue gardenia

—para M. A

Podrías ser tantas cosas

mil millones de nombres te daría
pero solo te voy a llamar

blue gardenia

Si me preguntaras qué es el tiempo
te diría
las sandalias frágiles de dios

Si me preguntaras que es la música
te diría:
lluvia regeneradora cayendo sobre el lado seco de la envidia

Si me preguntaras
que es la piedad
te diría
una gardenia partiéndose en lluvia, dejando caer su gloria sobre la basura

Si me preguntaras qué es poesía
te diría
hermosura de la que está hecha la lengua de los ángeles

Si me preguntaras que es el cielo
te diría
una forma de respiración suave, un dejar de ser, tajante

Terrenal, blanca
abre la boca a la exquisita arquitectura de su savia
no lejos de mi cuerpo,
—llena de vida— una niña flor

Del rastro de suavidad
que dejan tus besos
dentro de mis huecos
se amamantan ángeles

Quizá eso sea la envidia
una especie de fe inversa en un solo pensamiento
No tengo luz Padre no tengo luz
¿no es esta la primera gran tentación?

Me apropio de lo divino, hasta que lo divino me pudra
y solo quede
su fluido vigorizante

Esta es mi práctica de desapego.
Un latido pequeñísimo
me mantiene rozando el costado geométrico,
selvático, precioso

Y porque me importa:

me adhiero a sílabas, a grillos, a otoños.
Es lo único que quiero salvar.
Soy el lado frágil de Dios

Su música es un torrente oscuro, vaginal, absorbente,
me lastima y me cuida
en el mismo instante.

Busco equilibrarme y fracaso.
Soy quebradiza, volátil,
de haber sido razonable, firme

estaría sorda, fría
para incorporar su alfabeto de árboles y
enmudecer a tiempo.

No le cuento a nadie nuestro secreto. Es mio.
¿Pero que soy ahora
que los pájaros me cantan en medio de la finísima lluvia?

¿Dejaré de vivir?

Horas que gotean:
esqueleto grueso
de luz simple, orgánica

Sé lo que hago: doy vida.
Furia difícil
en mi sangre de bosque real

Llamarada que improvisando quema la mente seca.
Se encarnar la bienaventuranza de un
sexo místico

Me acreciento
en delicioso y fresco verdor,
mientras devoro lo que se pudre

No tengo nada que lamentar,
lo embriago todo
de olor vegetal

Frondoso e impalpable,
el cielo
es una forma orgiástica de respirar

Es envolvente y confusa, pero es
sexualmente lo vivo en mi

Está siempre escondida, yo la adivino en humeantes sigilos, runas de aire.
Si trato de explicárselo a otra persona, la vía láctea se seca, Mater Dolorosa

Es llanto el oro del amanecer y no voy a gritarlo.
¿Quién se atrevería?
El hijo cuadrado, filósofo de Satán lo hará
Yo conocí uno

Ella —la que amo—
nunca puede irse. Mi gloria es esconderla en todo lo que es redondo,
eléctrico
y vive cerca del
agua

Jamás me obsesiono con lo perfecto, soy amante del desorden, de lo
inacabado.
Rajadura húmeda, titilante
que me deja olfatear
el aire azulado de la tierra cuando nacen los quetzales.

Mi libertad es perecible, la de ella inatrapable.

El animal lunar, no corrupto de mi sangre atrae lo prohibido
Ondulatorio
se hace abisal, subterráneo
Soy obediente a su ritmo cristalino y sobrenatural
le doy permiso para amarla cedo a su
misterio

Un cuerpo mítico inabarcable, se ovilla voluptuoso entre nuestras orillas,
nos observa, nos ensueña, me doblega

Solo
algo me asusta: el silencio que deja Dios cuando entrega su mensaje y se va

Si aprendes a sentirlo al atardecer
ardiendo en silencio como una magia naranja
es tu cuerpo el que salva la música

dice Virgilio que en cuerpos pequeños se agitan almas muy grandes
Ella me dijo que era un arcángel y solo porque ella lo creyó —y me lo
confió—
creí en ella.

Como ella soy

Ahora estoy cubierta de ojos
Soy la fruta sin moscas descendiendo a tus profundidades
Perfume de peras en tus pezones
Hilo mojado, temblando de estío tu jardín
Simalia traslúcida nos desova calas: estilizado diluvio del atardecer

volveremos a beber de las apacibles
aguas del Leteo?

No lo sé

No lo sé

Cuarto día de febrero:

El aire electrizado corre por las habitaciones de mi casa cerrando puertas,
borrandome.

La nube blanca, padece de un insomnio leve
Acabo de brotar

Si me preguntaras que es el mar
te diría:

un ángel de ll

u

v

i

a

Quiétude en medio del aguacero
aprendo a no moverme y
avanzar al mismo tiempo

Hice un hueco en el cuerpo de una mujer y salte desde la morada impersonal,
oscura, libre
a un corazón pequeñito envuelto en agua, confundido en tiempo
¿Por quién haría algo así?
Ni los ángeles son tan valientes

Abrime despacio, noche
las orquídeas están goteando su leche nupcial
hay un edén naciendo entre mis corneas
y la mariposa muerta

Cuando estoy cerca de ella soy la más pura inconsciencia, acuosa y mitológica
Algo anterior al pensamiento se mueve en cascadas, soy sin bordes nítidos

Lujuriosa

burbujeo entre ninfas

El iching me advierte: hay peligro,
pero ya no le pertenezco a la razón,
no hay reproches

Las flores guiarán

Una escuela de criaturas elementales
me enseñan un lenguaje asémico
Blando y palpitante como una placenta gestante, aunque riguroso como la
geometría oculta
en los minerales. Mientras un gorrión recita un salmo parado en un cable de
luz viejo
bebo de la fuente purísima de Mimir
antes de hacerme cuerpo soy atmósfera

Odín

se retiró para dormir un rato hace algunos siglos:
me soñó sibila, corzo blanco, jardinero espacial,
ámbar con un bosque prehistórico en su vientre

Paciente

despertó cazador de almas sin melancolía,
hace apenas ¿quién sabe?

Sufro de una mórbida literalidad

Todo lo vivo asusta

Quiero contarte algo por única vez
Un viento negro deshilacha la madrugada en cisnes y demonios
Y soy una misa de especias
ofrenda material a la diosa madre del río Ganges
Le doy un sentido secreto a tu nombre podrías respirar en cualquiera de los
rostros que invento
Hay pétalos, millones de pétalos sobre dedos somnolientos, flotantes
mojados de jardín
Estoy viviendo una sensualidad inesperada. Y te adoro
En adagio nocturno —magia por nacer— trascendemos el halo
terroso, apático del mundo
Y te adoro
secreto mío —sin vanidad— más y más

Trueno abajo fuego arriba —sentencia el hexagrama—
El obstáculo debe ser removido con violencia ceremonial
o la sagrada conjunción no sucederá. Dios vomita a los tibios

Por naturaleza soy indirecta. Secreta.

Como el perfume
que revolotea debajo de los eucaliptus después
de unos días de

lluvia

Algo dentro mio esta en ebullición

¿Lo escuchas?

está afilando sus dientes inoxidables para morder la almendra de luz
y hacerme su bocado nupcial

Ser poseída por su animal electrónico, es todo lo que quiero

Reconozco: estoy asustada

Cuando los ángeles dejan de aparearse
el alba lastima la lengua de los pájaros

¿Y eso no te duele?

¿Por qué escribis poemas?

—retrato su olor

No hay manera de entrar allí

ese allí me Es toda.

Transversal, íntima,
sin gravedad, jugosa, puro paisaje sexual
Nunca se enraiza y si lo hace, no es ella, libre de sustancia lunar.
Sus fragilidades son auténtica plegaria,

Me siento afiebrada cuando me habla,

Su sencillez es violenta, no se vivirla, se dolerme
No se como entregarme y siento celos, destrucción de estrellas. La ninfa en
mis dedos, lo sabe y no la toca
¿Qué biblia existe —Señora de todas las almas— para entender todo esto?
La quiero consumir, absorber con un movimiento antiguo, tribal de cadera,
pero se debe morir primero —me dijo

¿Morir primero?

Única forma de soportar su blue cenital,
desgracia moderna sin explicación, ni utilidad.

Mi labor es vivir
no entender

curate en la soledad del viento
ninguna vanidad sobrevive cuando se lava en la lentitud
de los silencios

si uno solo de mis pensamientos
te hiciera daño
dejarían de cantar los quetzales

Para que me puedas ver, a veces,
me dibujo cerca de las flores,
con alas de amarillo limón, o me estiro
en una sonrisa de cirrus lenta y algo triste
Mientras vos me intuís debajo de las lavandas
nombrandote para que me escuche.
El sol lava tus miedos entre sus poetas más antiguos,
¿hay modo de escapar?
A la hora de la luna, tu cuerpo de dolor descansa
de una rutina amarga, mentirosa.
Allí todo misterio te besa y
tu sed de mí se funde en el río que somos

En el color intenso
de las flores de durazno
enmudecieron mis córneas
y todo se calmó
todo
menos mis óvulos.

Pocos te aman.
Amarte es no tener nada,
es la destrucción total.

Y esas florcitas que crecen
en los márgenes de la ciudad
cerca de la basura y el agua baldía
infectada de neón
—esas, esas de allá
que nadie ve—
¿Vos las ves Señora?
¿Vos las ves?

Llevó la inocencia a la orilla nocturna, agitada del mar
y al instante
nos curamos.
¿Qué podría fragmentarnos?
Besos en los ojos de la muerte

y dependiendo
de qué oído escuche primero
estallará divino o fatal el amanecer

No sé exactamente
lo que sea el perdón
Pero cuando veo a la tierra cuarteada
avivarse
en la unción delicadísima de la lluvia
siento
que estoy siendo perdonada
por la Señora
de todos los
elementos
y este corazón –terroso y seco
se hace fruta
delicioso
perfume de los vientos

Lluvia pálida de agosto —angelical, insonora
mojar tan delicado
Despierta en olor de jazmines.
Me regala este poema a través de la ventana

De la transpiración de Afrodita
crecen blancas amapolas,
así debe ser.

Del agobio a la fertilidad
Así debe ser

Una flor muere de otoño en mis ojos.
Silenciosa su geometría me bendice

Palabras
de color agosto
gritandonos
en puestas de santidad hiriente.
Atardeceres sin domesticar solo viven un instante

Azul natural de invierno
Sauce de muchas cuerdas
cayendo como un sacramento sobre mi espalda
Huelo a nostalgia hoy

hay silencios que incendian el cuerpo
y otros que calman desiertos
y otros como hienas lastimadas caminan a tu lado
y otros que de tan purísimos lastiman

Miro la noche
como si ella
pudiera curarme los ojos.
Tan impersonal
que carece de miedo
Se desmorona en mi cabello
un pequeño dedo amarillento de luna de julio.
Ahora sé, ahora recién, después de muchos inviernos
la diferencia entre perdurar
y sentir el pulso de lo vivido

Busca ser fruto
sin haberse ocultado primero,
sin bajar a la tierra
que se deja callar
que se deja estropear,
ajar

por la Señora de las heladas.
Regalarse
primero fue

deshacerse

El agua aquietada del charco
Una mosca reposa sobre lo podrido. No hay ruido

Despertar
en un mundo tan roto
detenerme a oler las hojas amarillas del tilo,
eso es poesía

Un sonido la piel
Aura sibilante, atemporal
sin orillas
ni noches ni días
Allí lato
fiebre de la especie

Lo sencillo
siempre permanece fuera de la razón
Como una noche de verano que crece en mudras
y
se nos escapa
se nos escapa
pero nos emociona
siempre por primera
vez

Escribir es la forma de matar en mi
a esa que se ata a lo seguro
por miedo a desnudarme vida

No atacan lo divino,
atacan el sentimiento
que conecta con lo divino

Cuando la hermosura del jardín está en peligro
Dios manda un desastre, un amante o un poema

Si me preguntaras que es un desastre
te diría:
máxima irrupción de lo divino para rescatar el Blue de la existencia

La belleza
debe llamar primero
después retirarse

No
son sus formas,
es su callarnos

lo que
nos
enamora

Por devoción a lo divino, olvidamos lo divino
y nos enterramos en elementos una y otra vez. Dulce penetrar. No es karma
Es devoción, sólo devoción
Empolla el huevo Cachemira

y si me preguntaras que es Cachemira
yo te diría

